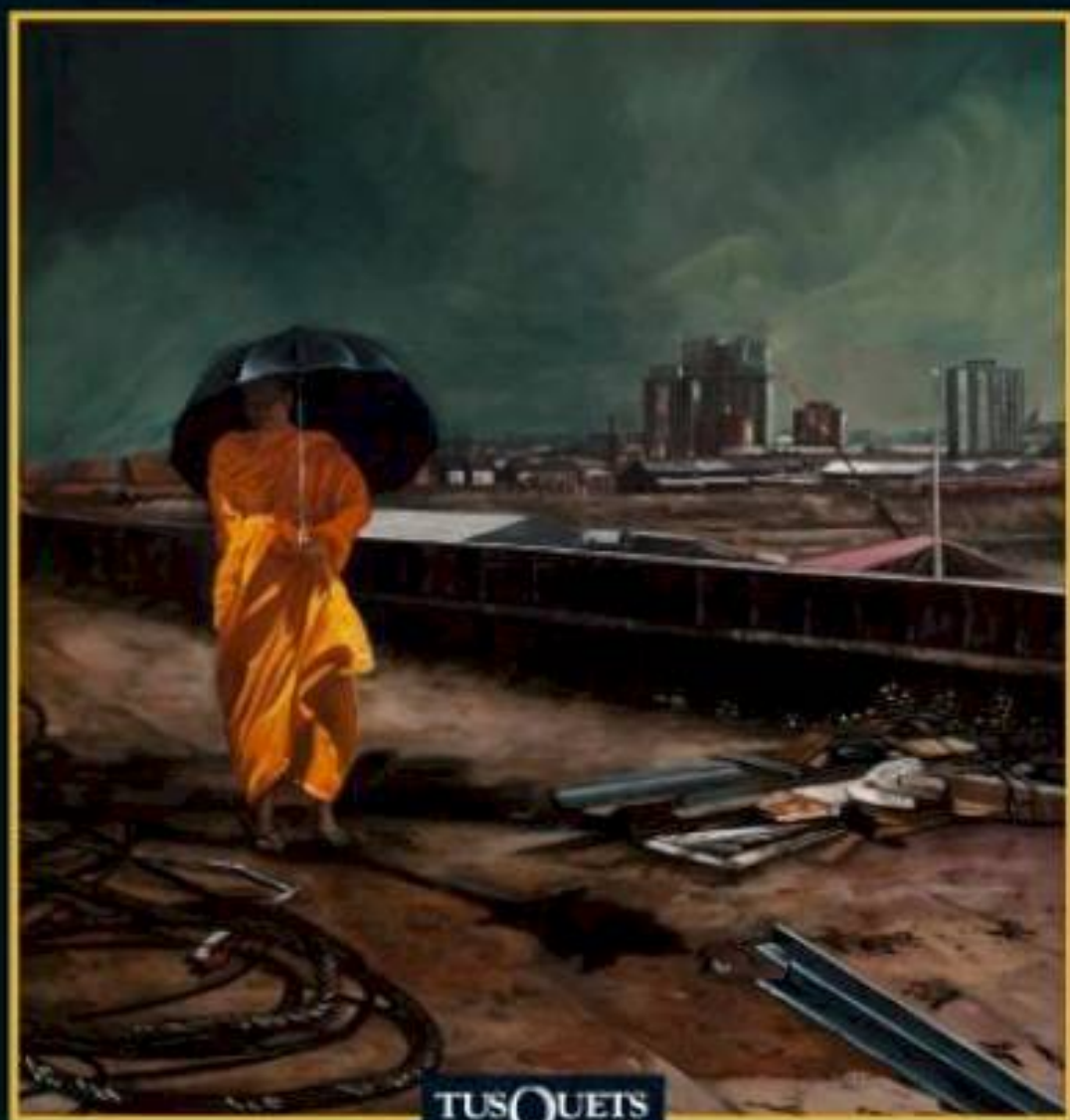


Horacio Castellanos Moya
CON LA CONGOJA DE
LA PASADA TORMENTA

Casi todos los cuentos

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORS

CON LA CONGOJA DE LA PASADA TORMENTA

Prófugos que huyen con el miedo como compañero inseparable de su exilio, desarraigados que han sido testigos de una violencia que les trastorna la vida, inadaptados irremediables, así son los protagonistas de los cuentos de *Con la congoja de la pasada tormenta*. Algunos relatos nacen de la experiencia de la guerra, otros del destierro, en muchos casos de las difíciles relaciones humanas. Pero todos tienen en la soledad, en la congoja, aguda o difusa, su sentimiento dominante. Como el protagonista de 'El pozo en el pecho', que necesita ir al bar del hotel en busca de Erna; o el de 'Torceduras', abocado al suicidio. 'El destierro es un oficio propio de tipos melancólicos', se dice en 'Variaciones sobre el asesinato de Francisco Olmedo', y esa melancolía es la que siente el narrador de 'Perfil prófugo' durante su última noche en Toronto. Los prostíbulos, el alcohol, son bálsamos fugaces o expedientes necesarios que obligan a la doble vida. Horacio Castellanos Moya demuestra en cada relato su singular maestría para crear personajes y ambientes, y para lograr, mediante los diálogos, que quienes habitan sus cuentos nos toquen en lo más hondo.

©2009, Castellanos Moya, Horacio

©2009, Tusquets Editores

Colección: colección andanzas

ISBN: 9788483831816

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 05/08/2018

Horacio Castellanos Moya

Con la congoja de la pasada tormenta

Casi todos los cuentos

Indolencia

EL tipo del apartamento vecino volvió a golpear la pared, con impaciencia, enfado -que dejáramos dormir, era su reclamo-, como si hubieran sido horas avanzadas de la madrugada y no apenas las once de la noche. Di dos puñetazos sólidos, retadores, en la pared. Luego me eché en la hamaca, con la colilla en la comisura. Él era un cobarde, un cretino al que su mujer y sus hijas obligaban a dormir en el sofá de la salita.

Estela lavaba las últimas cacerolas, tarareando la tonadilla de ese negro jamaiquino que tanto le gustaba. Hacía un rato me había contado sus pleitos de oficina, sus ilusiones para la próxima quincena y enseguida había preguntado sobre lo que yo había hecho a lo largo del día. Pero yo no tenía nada que decir: una vez más me la había pasado tirado en la hamaca, sin ganas de hacer planes.

Me hubiera gustado anunciar que iría a la tienda por unas cervezas, pero a esa hora todo estaría cerrado, hasta mi deseo de buscar pequeños subterfugios, un poco de embriaguez para intentar explicarme de otra manera la noche.

Estela vino a sentarse a la hamaca, con ganas de que la sobara, de que rascara las ronchas de su pantorrilla inmunes a los medicamentos.

-Habría que pintar las paredes -dije.

Un día yo tendría dinero para contratar a ese pintor de brocha gorda que haría de esta mugre una fantasía de co-

lores, una cueva alegre en la que ella sería feliz pese a su salario raquítico, a la estupidez de estar enamorada de un tipo al que nada importaba.

-Y urge arreglar el sanitario -agregué-. Esa fuga de agua acabará con tu salario.

Pero en realidad no me importaba. Ya me había acostumbrado al ruido del agua que escapaba, lo había incorporado a mi transcurrir sedentario, y cuando ella comenzara a quejarse porque su salario no alcanzaba yo simplemente desaparecería.

Quiso besarme, ir un poquito más allá, apelar a la ternura, implorar por el poco jadeo que hacía de la vida algo soportable. Pero no se me antojaba. Le dije que en ese momento no, tal vez más tarde, cuando el calor bajara.

Se puso de pie, empujada. Fue a la habitación, a preparar la cama, lo que para ella era el nidito de amor, la acolchonada esquina de la ternura, y para mí apenas el sitio más caluroso de ese minúsculo apartamento donde entonces me encontraba refugiado quién sabe de qué; por eso prefería la sala, aunque la hamaca se combara en demasía a causa de la estrechez, aunque el cretino de al lado pegara golpes en la pared.

Entonces ella preguntó si yo había decidido ya a lo que me dedicaría en el futuro o si al fin de cuentas terminaría regresando a la cochina publicidad, a mi escritorio de copywriter donde me había podrido durante los últimos seis años, a la asquerosa empresa en la que ella era además la secretaria más guapa, la más codiciada por los cachorros ejecutivos. Pero sólo preguntaba para fastidiar, para obligarme a dejar la hamaca.

-Apenas he pasado cinco días aquí y ya querés que me vaya -mascullé.

-Yo no he dicho eso -dijo. Estaba desnuda, bajo el umbral, apartando la manta que servía de cortina entre la salita y el nidito de amor-. Yo quisiera que te quedaras para siempre.

Debería haberme conmovido hasta las lágrimas, saltar de la hamaca para comérmela a besos, pero sólo me gustaba a ciertas horas. No en ese preciso instante.

Sí, llevaba cinco días encerrado en ese apartamento, después de haber abandonado abruptamente mi empleo, mi hogar, mis ganas de hacer algo. Había buscado explicaciones, desde esa hamaca, cuando ella estaba en el trabajo y las horas pasaban indolentes: era como si de pronto se me hubiera acabado la gasolina o como si me hubiera desenchufado de lo que le da sentido a la vida o algo así.

Pero ella no se daría por vencida tan fácilmente, aunque yo ya le había repetido que el enamoramiento me era extraño, que le tenía cariño, sí, y me encantaba reptar entre sus piernas, pero que las ilusiones eran peligrosas, capaces de corromper lo poco, de arruinar lo apenitas.

Volvió a sentarse en la hamaca, apelando a la carne, a lo incuestionable, sabiduría de siglos, certeza de que la erección estaría ahí, inevitable, y que bastaría con el inicio de la frotación para que el zamaqueo fuera creciendo hasta que el vecino golpeará de nuevo la pared con impaciencia, hasta que las hebras de la hamaca amenazarán con desollar mi trasero.

Volví al sosiego, sin salir de la hamaca, mientras ella se ponía de pie y se dirigía al baño. Pensé en la que hasta hacía menos de una semana había sido mi mujer, la gorda, la madre de mi hija, de esa niña en cuya inocencia se filtraban los genes más nefastos de su abuela materna, de esa masa de carne que más de una vez llamé suegra. La pobre gorda no lo creyó, supuso que era otra de mis bravuconadas, que regresaría a la medianoche, intoxicado de alcohol y que a la mañana siguiente estaría con una agobiante resaca moral, pidiendo disculpas, luchando contra la temblorina para no llegar tarde al trabajo. Por eso ni me puso atención cuando le dije que estaba hasta el culo de ella, de la niña, de esa estupidez llamada hogar; cuando le dije que por nada en el mundo volvería a ese trabajo que me había calci-

nado el alma, que me iría para siempre, no volverían a verme, me convertiría en otro.

Y ahora estaba ahí, con otro cigarrillo en la comisura, quizás apenas a un kilómetro de la que había sido mi casa, de la amargura que ninguna falta me hacía, escuchando la fuga de agua, los pasos de Estela hacia la cama, los autos que aun a esa hora de la noche tronaban en el eje vial de abajo. Porque el apartamentito estaba en un cuarto piso, como si hasta el encumbramiento me hubiera hecho falta para escapar de lo que yo era, de lo que había sido, de lo que seguramente nunca dejaría de ser.

Estela me llamó, que ya me fuera a la cama. Le dije que en un momento llegaría, aunque a esta altura tampoco a ella le importaba: había tenido su dosis de semen y en un par de minutos estaría dormida, plácida, feliz de lo que ella llamaba mi locura. Lo que me gustaba era que ella nunca había dudado: ni cuando le pedí posada, ni cuando le aclaré que eso no significaba que yo quisiera ser su pareja soñada, ni cuando le informé que no sólo abandonaría mi hogar sino también mi empleo, ni cuando le exigí que guardara absoluto silencio -en especial en la oficina- sobre mi paradero, ni cuando le insistí en que mi único plan era permanecer unos quince días en su apartamentito mientras decidía qué hacer con mi vida. No hubo objeciones, sólo la aprobación tácita, la obediencia, hasta visos de entusiasmo. Y los primeros dos días la interrogué con rigor, busqué contradicciones, el menor resquicio, porque me parecía imposible que ella me fuera leal, que se mantuviera callada en medio de aquel chismerío oficinesco que tan bien yo conocía. Pero a esta altura, cuando sentía como si hubiera pasado mi vida fumando en esa hamaca, ya ni eso importaba.

Finalmente me puse de pie. Fui a la habitación a ver a Estela despatarrada sobre la cama, a constatar la hora en el despertador, a apagar la luz. Luego salí al pasillo que unía a los cuatro apartamentitos de ese piso. Me apoyé en el balcón. Corrientes de aire de medianoche refrescaron mi rostro. Estaba en calzoncillos, descalzo, con la mirada fija en la

sombra de los árboles, en la penumbra de la calle. Se agradecía el silencio en ese lugar que durante el día era una agresiva promiscuidad de ruidos, donde la privacidad era una ilusión y el griterío la regla. Entré por un cigarrillo, por una camiseta que me evitara un enfriamiento; también me puse los pantalones y los tenis. Luego apagué las luces. El apartamentito, y todo el edificio quizá, quedó a oscuras. Salí de nuevo al balcón y cerré la puerta tras de mí.

De pronto la noche se me abrió de otra manera, como si estuviera a punto de aparecer una señal, algo que enderezaría el rumbo de mi vida. Volví a apoyarme en el balcón, con el cigarrillo en la comisura. Una vez, muchísimos años atrás, cuando salía de la adolescencia, repleto de fe e ilusiones esotéricas, con un grupo de amigos acampamos en la montaña más alta del país, buscábamos entrar en contacto con inteligencias extra-terrestres...

Lancé la colilla al vacío. Esperaba que alguna luz se encendiera, que alguien abriera una puerta, una aparición, una señal, lo que fuera; pero sólo el viento nocturno coleaba entre los árboles. Pensé en lo que pasaría si me tiraba al vacío: mi cuerpo caería despanzurrado, más de algún vecino armaría el alboroto, vendría la Cruz Roja, seguramente no moriría sino que terminaría inválido en manos de la gorda, de la niña, de la suegra, y algunos colegas del trabajo irían a visitarme con su mejor mueca de conmiseración.

Aspiré profundamente. Abrí la puerta; luego cerré con doble llave. Fui a la habitación, me desnudé y con sigilo me deslicé bajo las sábanas.

Perfil de prófugo

CUANDO entré al pub, el catalán ya se encontraba sentado a la mesa del rincón, con sus gruesos lentes agrandándole obscenamente los ojos, moviendo el vaso de cerveza en círculos de mínima impaciencia. Por el ventanal se filtraba esa luz mortecina del atardecer de invierno, que no llegaba hasta los tipos que jugaban a los dardos al fondo del salón, mientras el barman -un individuo asombrosamente parecido a Fidel Castro a sus veinticinco años- buscaba entre los casetes a un Led Zeppelin que enseguida apagaría las conversaciones de las pocas mesas ocupadas. Antes de sentarme, pasé a la barra por una cerveza: vi en el espejo la cabellera pardusca de Roxana junto a Tom.

Me disculpé por mi tardanza. El catalán me preguntó si ya tenía confirmada mi reservación. Le dije que sí, que recién venía del centro de la ciudad, donde me había anclado en el Café New Orleans, echándole un último vistazo a Toronto, como viviendo futuras nostalgias, en ese estado de ánimo colindante a las lágrimas, cuando se está a punto de quemar las naves, sin otra certeza que la propia alucinación.

-Tengo que estar en el aeropuerto a las ocho -expliqué-. Creo que si nos vamos de aquí a las siete, llegaremos a tiempo.

El catalán protestó porque tendría que madrugar, aunque de inmediato propuso que mejor pasáramos la noche bebiendo, sin dormir, para que yo no corriera el riesgo de

perder el vuelo. Recordó que en su cuarto guardaba tres botellas de vino y algunas cervezas.

Roxana continuaba platicando con Tom, como si no me hubiera visto, con su palidez sepulcral rota por sus ojos verde esmeralda, por sus senos casi desproporcionados. Algún gesto de avidez cruzó mi rostro, pues el catalán me preguntó, con aire desentendido, cómo iba mi relación con ella.

-Después te cuento -musité.

La mañana la había pasado arreglando mi equipaje, separando lo que llevaría conmigo de lo que dejaría en manos del catalán, trazando una línea entre mi regreso al trópico y este frío que horas más tarde sería otro mundo.

El catalán encendió un cigarrillo antes de decirme que tenía una clase a las seis, que no podía faltar, que luego nos encontraríamos donde yo dijera, en ese mismo pub o en el de su residencia. Le indiqué que prefería quedarme ahí, para no andar chocando contra las correntadas de viento entre los edificios.

Se empinó lo que restaba de cerveza. Salió, con su enorme abrigo, caminando a los saltos.

Recordé la primera vez que yo había entrado a ese pub, en pleno otoño, un par de días después de que se iniciara el ciclo de estudios, cuando ya me había trasladado a vivir al campus universitario, sin conocer a nadie, con esa ingrata sensación de soledad y mi pésimo inglés junto a la barra, a la espera de una mano bienhechora que se posara sobre mi hombro y me invitara a sentarme a su mesa, para que le relatará mi historia extranjera, poblada de seres osados, inaprensibles para esta cultura de la indolencia.

Sin voltearme a ver, con su andar erguido, de balletista truncada, Roxana salió después del catalán. Me pregunté si valía la pena seguirla, delinearle mi inminente futuro, tocarle nuevamente el corazoncito, asegurarle que hubiera querido amarla -pero su gelidez, su sangre germana...-, explicarle que yo no tenía prejuicios, que estaba dispuesto a compartirla con Tom, con David, incluso con el poeta idiota

que tenía por novio, sí, que la vida hubiera podido ser de otra manera si yo hubiera estado dispuesto a acomodarme, tan lejos de mi ombligo zozobante, con mi conciencia libre de alfileretazos.

Fui a la barra por otra cerveza.

David entró a los trancazos, sin su violín, con un rimero de libros bajo el brazo y su rostro de águila furibunda oteando hasta que dio con mis huesos. Me dijo que se acababa de encontrar con Roxana en las escaleras, que si yo había estado con ella. Le señalé a Tom. Descosió una sonrisa, con intención de complicidad, pero que realmente encubría impotencia, porque ni él ni yo habíamos logrado incrustarnos en su tibieza.

Fuimos a la mesa. Me preguntó si ya había decidido dónde pasaría la nochebuena. Insistió en que lo acompañara a la casa de su familia en un pueblo cercano, nos divertiríamos, no nos faltaría qué beber ni qué fumar, podríamos improvisar melodías hasta el cansancio, caminar por el pueblo, incursionar en el grupo de muchachas que habían sido sus compañeras de *high school*. Le agradecí de nuevo la invitación y me comprometí a responderle al día siguiente. La cerveza me supo floja, con más agua de la debida.

La música sonaba demasiado fuerte para mi gusto, demasiado violenta. David me contó que por fin había logrado concertar una cita con su profesora de violín, se verían esa misma noche, en un bar del centro de la ciudad. Lo felicité y le deseé suerte, aunque a ella yo sólo la conocía a través de la obsesión descriptiva de su pretendiente, quien a menudo la comparaba con Roxana, como una forma de menguar nuestra mutua derrota.

La voz de David se perdía entre el martilleo de ese rock chillante, inoportuno para un crepúsculo en el que hubiera preferido una mesa sola, una mejor cerveza y una simple guitarra de fondo. Me dijo que me miraba raro, como ido. Recurrí al malestar intestinal que me había afectado durante la última semana luego de comerme los hongos alucinó-

genos de Kevin: la dosis había sido muy fuerte, aún estaba agotado.

Tom seguía en su mesa, de espaldas a nosotros, con la vista en un libro. Intenté imaginar su relación con Roxana, pero no pude llegar más allá del momento en el que los encontré despidiéndose -él, en bata, en el umbral de su habitación; ella, de salida, levemente ruborizada- después de lo que supuse una intensa jornada de gemidos, caricias.

Me sentí incómodo, falto de sosiego. Le dije a David que tenía que ir a arreglar un asunto, que enseguida regresaría. Me aseguró que permanecería en el pub al menos una hora más, hasta que partiera a su cita. Me repetí que ésa era mi última noche en el campus, en esa ciudad, en ese otro mundo.

El pub estaba ubicado en la planta baja del *college*, frente a la residencia en la que habitaban todos esos seres con los que ya no compartiría el ajetreo diario, la algarabía nocturna, una vida apenas perturbada en su opulencia. Llegué a mi habitación, ansioso. Me senté, con los pies apoyados en el escritorio, equilibrándome en las patas traseras de la silla, frente al enorme ventanal que me abría el horizonte norte de la ciudad. ¿Cuántas veces había repetido ese instante, solo de cara a la penumbra, en ese cuarto piso, con la conciencia agujereada por las cartas de amigos que reclamaban mi presencia en su historia de dolor y sacrificio? Ahora los arbustos que rodeaban la residencia estaban perdiendo las últimas hojas vistosas, esos amarillos, rojos y anaranjados que se pudrían en el césped, mientras las ramas huesudas emergían como presagio de un futuro que debía evitar a toda costa.

En ese mismo lugar, en similar posición, había pasado mi noche de hongos, una semana atrás, despabilado por el sonido del cielo, frente a una luna llena que me succionó como feroz amante, hasta que en la madrugada aparecieron Tom, Richard y Gary, a espetar la defensa de los privilegios del Occidente amenazados por las turbas del ayatolá Jomeini, en tanto en mi silencio, la extrema agudeza de mis

sentidos me ratificaba el abismo, y me llevaba a la decisión de remontar el cordón umbilical del que me había alejado con la esperanza de perderme.

Me dieron ganas de dar una última vuelta por el campus, pero no me moví de mi silla. Rememoré esos primeros paseos, aplastado de soledad, recién trasladado a la residencia, rumiando versos de Eliot, pensando si no hubiera sido mejor quedarme en mi apartamento de Madison Avenue, a unos pasos del corazón de esa ciudad que había hecho mía en incursiones nocturnas, hasta agotar sus más recónditos bares, acompañado de una pléyade de inmigrantes, condiscípulos en la escuela de idiomas.

La noche se aposentaba ante mis ojos, rasgada por faroles que guiaban a muchachos rebosantes de salud, trotadores vespertinos insuficientes para quebrar mi transcurrir sedentario. Pensé que ya era hora de regresar al pub a encontrarme con el catalán, a conversar por última vez con David. ¿De quién me vengaba con esa huida silenciosa? ¿De quién me burlaba con esa manera de desaparecer para siempre, sin explicaciones?

Al salir de mi habitación me propuse no bajar las escaleras, sino caminar hasta la otra ala del edificio, tocar la puerta de la habitación de Roxana, pedirle que me concediera unos minutos, para ensartarle frases que sólo pudiera entender a la luz de mi partida, para despedirme sin que ella supiera, para llevarme el placer de haber transgredido su candor majestuoso. Pero enseguida me convencí de que no era el momento: la noche apenas empezaba.

El pub estaba repleto, entrando a la algarabía. David, Tom y el catalán discutían en la misma mesa, como si fueran viejos amigos, cuando no hacía mucho que yo los había presentado. Jalé una silla y me sumé al grupo, sin inmiscuirme en su conversación, más bien con ganas de hundirme en un monólogo, de vomitarme, pero me contuve, con la mínima cortesía que merecían esos compañeros a quienes ya miraba como si fueran pasado.